

JOSE RODRIGUEZ
ELIZONDO
JOSE RODRIGUEZ
ELIZONDO



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LA ULTRAIZQUIERDA COMO FACTOR DE LA DOCTRINA NORTEAMERICANA DE LA CONTRAINSURGENCIA.

DECADA DEL 60

JOSE RODRIGUEZ
ELIZONDO

LA ULTRAIZQUIERDA COMO FACTOR DE LA DOCTRINA NORTEAMERICANA DE LA CONTRAINSURGENCIA. DECADA DEL 60

1. CONTRAINSURGENCIA Y REESTRUCTURACION MILITAR

La consigna de **prevenir** la revolución en América Latina, activada por el triunfo de la revolución cubana, tenía para los dirigentes norteamericanos ciertas connotaciones precisas desde el punto de vista estratégico político:

En primer lugar, significaba que reconocían que esa revolución señalaba un viraje decisivo en sus relaciones con la región.

En segundo lugar, significaba que visualizaban tal viraje en términos de una tendencia al crecimiento continental de las fuerzas revolucionarias.

En tercer lugar, significaba que optaban por una táctica ofensiva, en lo regional, compensando su retroceso a nivel mundial.

La prevención, por lo tanto, iba a plasmarse en un conjunto de medidas destinadas a adelantarse al desarrollo y a la organización de los elementos y factores susceptibles de repetir y expandir ese tipo de experiencia revolucionaria triunfante en América Latina. En la línea de la "réplica flexible", socializada a nivel de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, dicha prevención contemplaba desde la "profilaxis" hasta la intervención abortiva de las situaciones revolu-

cionarias y prerrevolucionarias, pasando por la inducción previa.

Militarmente, esto iba a plasmarse en el diseño de un nuevo tipo de guerra: la "guerra interna" o guerra contra "la subversión comunista". Esta guerra, practicada con los métodos de combate englobados bajo el rótulo de "contrainsurgencia", se insertaría en la estrategia mundial implantada por John Kennedy (designada como "estrategia Mac Namara", como homenaje a su secretario de Defensa) y se convertiría en la base de la más drástica reestructuración de las Fuerzas Armadas latinoamericanas. En efecto, a partir de esta nueva concepción dichas Fuerzas Armadas experimentaban una transformación cualitativa, centrada en los siguientes factores sociales, políticos, ideológicos, técnicos y morales.

a) **Transformación de los objetivos militares nacionales en objetivos horizontales de clase.** Desaparecía del horizonte profesional la guerra convencional nacional, con la consiguiente tendencia al amortiguamiento del "nacionalismo limitrofe", para enfatizar las orientaciones hacia la intervención socio-política interna.

b) **Abandono del profesionalismo apolítico como doctrina tradicional.** Se anulaba el impacto ideológico del apoliticismo absoluto y formal, favoreciéndose un

compromiso político negativo (el anticomunismo). Por una parte, esto recogía elementos propios de la mentalidad militar, pero, por otra, liberaba un potencial de energía político-ideológica reprimido por decenios.

c) **Desbloqueo social controlado.** El enclaustramiento militar se rompía mediante la ejecución de actividades no militares programadas (Acción Cívica Militar) de contenido solidarista, destinadas a neutralizar o a ganar a sectores masivos de la población, según experiencias realizadas por el ejército norteamericano en el sudeste asiático.

d) **Establecimiento de un Frente Interno permanente.** Como resultado de las tesis de las "fronteras ideológicas" (de filiación norteamericano-brasileña) y del anticomunismo combatiente, se institucionalizaba el concepto del "enemigo interno", instalando los objetivos militares en el centro de la nacionalidad. Este frente interno debía ser permanente, porque la agresión del comunismo (o de la "subversión", en un sentido más amplio) era también permanente. En otras palabras, porque se partía de la base de que no podría haber victoria total en una guerra interna (1).

e) **Policialización de la milicia.** De acuerdo con los factores anteriores, se producía una nivelación de las tareas militares con las tareas policiales, en cuanto a su objetivo último, lo cual significaba, dialécticamente, una militarización de la policía.

f) **Adscripción de un sistema de armamentos ad hoc.** Las nuevas funciones implicaban la obsolescencia de los armamentos tradicionales, orientados hacia la guerra nacional y daban carácter superfluo a la modernización según los padrones técnicos de los ejércitos de las grandes potencias. De este modo, el armamento de prestigio quedaba supeditado por el armamento más funcional para reprimir a la población y por sistemas aptos para la intercomunicación y el desplazamiento de tropas dentro de cada país.

g) **Derogación tácita de los códigos ético-militares tradicionales.** La normativa especial sobre la conducta de los soldados en la paz y en la guerra, cedía el paso a las actitudes "pragmáticas". Se llegaba a hablar, en este sentido, de "ciencia de la tortura" (2), de "clases de crueldad" y de "clases de campo de concentración" (3). Esto obligaba a elaborar nuevas concepciones sobre la Seguridad Nacional, que no chocaran contra esta nueva línea "permisiva". En esta dirección, se llegaría hasta a la ruptura de concepciones ético-militares tan arraigadas como las relacionadas con el monopolio de las armas (base, por lo demás, de la normatividad especial), tolerándose o fomentándose un terrorismo como el representado por "Triple A", en Argentina; por "El Escuadrón de la Muerte" y el "Comando de Caza de los Comunistas", en Brasil, y por "Patria y Libertad", en Chile.

Ahora, para el efecto del presente análisis, lo que interesa es determinar las condiciones sociales y políticas que hicieron viable esta reestructuración de las Fuerzas Armadas latinoamericanas en la década del 60. Más exactamente, cuáles fueron los focos de violencia armada e irregular que dieron verosimilitud a la nueva concepción estratégica continental, en ese período.

Ello significa que hay que investigar la relación entre el revolucionarismo pequeñoburgués, de la década de los 60 y la nueva ala militarista, cuyo inicio puede detectarse en 1964, con el derrocamiento de Goulart en Brasil.

2. DETECCIÓN DEL POTENCIAL DE GUERRA INTERNA

La transformación cualitativa de las Fuerzas Armadas de América Latina no podía consolidarse en el vacío. Si para decretar el estado de sitio las autoridades deben invocar una conmoción real (no importa cuán manipulable pueda ser), para transformar instituciones tan tradicionales como los ejércitos se necesita

más que un diseño estratégico fundado en abstracciones teóricas. En otras palabras, la transformación del estrato militar suponía la **visualización militar, social y política de los nuevos objetivos**. Se necesitaba la presencia real del "enemigo interno" sobre el cual se debía apuntar, poniendo especial énfasis en su potencial armado, actual o virtual. Partiendo de la base de que al interior de la sociedad militar la defensa de la institucionalidad militar, tal cual ella es (4), en virtud de su autonomía relativa en el ámbito clasista, es un rasgo fundamental.

El ejemplo cubano, al respecto, era persuasivo pero insuficiente. Primeramente, porque el peligro de su "contagio" era una abstracción intelectual que se enfrentaba, desventajosamente, con los conceptos sobre **autodeterminación y no intervención**, que se habían institucionalizado en el sistema político interamericano como expresión de un nacionalismo defensivo contra el intervencionismo norteamericano. En segundo lugar, porque, pese a la distorsión impresa por el aparato ideológico-informativo de los Estados Unidos y de sus aliados nativos, la revolución cubana contenía elementos atractivos para el orgullo nacionalista de un sector de la oficialidad latinoamericana. Principalmente, el relativo a la posición inconfortable en que habían quedado los instructores norteamericanos del ejército batistiano. Por lo tanto, lo que se necesitaba, muy concretamente, era detectar un "potencial de guerra interno" dirigido contra los oficiales militares y policiales (indiscriminadamente), fundado en concepciones sociales y políticas inaceptables para ellos, dada la estructura ideológica impresa por su formación profesional y, secundariamente, por su extracción de clase.

El plan Camelot, descubierto en Chile a mediados de la década y matriz de una serie de planes similares a nivel mundial, es de gran claridad respecto a esta línea táctica norteamericana. Fundado en el método de análisis de sistemas, para descubrir las "patologías" de los mismos,

se orientaba a "desarrollar" un modelo general de sistemas sociales que hagan posible el prever y predecir e influenciar los aspectos políticos significativos de los cambios o mutaciones en los países del mundo que se encuentran en vías de desarrollo" (5). Para este fin, la primera meta era evaluar el "potencial de guerra interno" ("internal war potencial" o IWP) en el seno de cada sociedad investigada y la última, crear un aparato logístico que permitiera predecir los comportamientos de importancia estratégica. Dentro de este marco y entre los muchos factores que debían ser objeto de una investigación de campo, se llamaba la atención sobre la necesidad de atender al desarrollo de los "grupos" con objetivos revolucionarios o con "intenciones" de romper los marcos de la legalidad vigente en cada país (6).

3. COHESION MILITAR Y CONTRADICCIONES REVOLUCIONARIAS

Sucede que los Estados Unidos habían detectado que uno de los factores fundamentales del triunfo de los revolucionarios cubanos, había sido la **unidad de todas las fuerzas antidictatoriales**. Especialmente, como dirían en 1975 los partidos comunistas de América Latina y del Caribe, la unidad entre "las fuerzas que en Cuba habían trabajado por el ideario marxista-leninista y las que se incorporaban a él a través de la propia experiencia revolucionaria" (7). Pero, simultáneamente, habían detectado que este suceso, no exento de contradicciones, era entendido —o tendía a serlo— de una manera distorsionada en sectores de las nuevas fuerzas revolucionarias catalizadas por la revolución cubana en América Latina. Sectores que no distinguían con claridad la diferencia entre una posición no comunista y una posición anticomunista de izquierda, sujetos, como estaban, a la influencia heterogénea del anarquismo, del trotskismo, del maoísmo y hasta del nacionalismo. Y que, por otra parte,

seguían chocando con manifestaciones sectarias ("exclusivismo revolucionario") de los comunistas locales.

En consecuencia, los estrategos norteamericanos veían en esta masa de nuevos revolucionarios no sólo su antagonismo con el imperialismo, sino, también, sus contradicciones con los partidos comunistas de la región. El desarrollo de esta masa podía implicar el desarrollo de estas contradicciones y generar una izquierda anticomunista que, si bien sería incapaz de dar conducción política revolucionaria real, podría entorpecer eficientemente la emergencia y desarrollo exitoso de una situación revolucionaria, sobre la base de un alternativismo sistemático. A partir de estas premisas, dichos estrategos comprendían que esas fuerzas pequeñoburguesas constituían la base política y social demostrativa, ante los militares latinoamericanos, de la justeza de la nueva estrategia regional norteamericana: En efecto:

a) Las declaraciones de los distintos grupos ultraizquierdistas, hábilmente multiplicadas a través del sistema informativo-ideológico de los sectores dominantes, daba visos de inminencia y de verosimilitud al desencadenamiento de la violencia anárquica que publicitaban. Los foros sobre la violencia, en los cuales participaban, servían para hacer incomprensible el humanismo revolucionario, ante importantes sectores de la población, y no dejaban ver claramente el absurdo fundamental: quienes preconizaban la violencia no tenían la fuerza para ejercerla y quienes la rechazaban no vacilarían, en su oportunidad, en servirse de ella para aplastar a sus adversarios.

b) Las "acciones directas" de la ultraizquierda, traducidas por lo general en secuestros y asaltos a instituciones bancarias, no cumplían ningún objetivo acumulador de fuerzas y sí eran muy eficientes para irritar concepciones militares profundamente arraigadas, relativas al orden y a la autoridad. Estas acciones, en toda América Latina, fueron aprovechadas para fortalecer la falsa alternativa

entre la autoridad civil y la autoridad militar (en favor de la segunda) sobre la base del "vacío de poder".

c) El verbalismo y el espectacularismo de la ultraizquierda venía, consecuentemente, a asignar tareas inmediatas a una organización de fuerza y a su sistema de armas (ambos —organización y sistema— rectificadas). En lugar de tanques pesados, de cazabombarderos supersónicos, de submarinos y de portaaviones para una guerra que no se produciría, surgía la compensación sico-profesional de los helicópteros, sistemas de informaciones, y armas tácticas de alta tecnología incorporada, para enfrentar un tipo nuevo de guerra que se manifestaba en el terreno.

d) Los textos doctrinarios que esgrimía la ultraizquierda cumplían el objetivo de impugnar valores militares como la eficiencia, la disciplina y el coraje, por una parte y, por la otra, de demostrar que los ejércitos tradicionales no servían para la guerra revolucionaria que se desencadenaba (que era, precisamente, lo que querían demostrar los expertos norteamericanos). Estos textos, inspirados directa o indirectamente por la revolución cubana, presentaban una imagen deprimente del estrato militar latinoamericano, extrapolada, de manera casi absoluta, del ejército de Batista. Así, la Segunda Declaración de La Habana señalaba que "Los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de éstos, resultan absolutamente importantes". El Che, en "La guerra de guerrillas", ponía el acento en un teatro de operaciones agrario señalando, al respecto, que allí hay "lugares donde las fuerzas represivas no pueden llegar". Y, en "Guerra de guerrillas: un método", calificaba a los militares como "meros instrumentos de dominación de las clases reaccionarias y de los monopolios imperialistas", afirmando que, "como casta (...) aspiran solamente a mantener sus

prerrogativas)". El informe de la delegación cubana a la Primera Conferencia de la OLAS, manifestaba que "la debilidad de los ejércitos profesionales, la incapacidad militar de casi todos ellos, la corrupción que los domina, el ablandamiento político de sus posiciones, los hace totalmente incapaces para resistir la embestida armada del pueblo".

No es arriesgado afirmar que este tipo de textos (multiplicado a escala nacional por elaboraciones propias) afectó negativamente a la mayoría de los militares latinoamericanos, favoreciendo su derechización y una especie de emulación respecto a la represión antiguerrillera (8).

e) El antimilitarismo simple de la ultraizquierda, según el cual los cuerpos de oficiales eran, orgánica y unánimemente, reaccionarios, venía a ser el reverso simétrico del anticivilismo de casta, incubado en los planteles militares y calzaba perfectamente con el carácter contrarrevolucionario de la nueva doctrina regional. La "limpieza" del país respectivo, mediante la "extirpación" de sus excrecencias extremistas era, en la semántica castrense, el equivalente de los llamados a la "desintegración de las fuerzas represivas", de manera indiferenciada; a la división horizontal de los ejércitos, eliminando sus cuerpos de oficiales, y a la formación de ejércitos de nuevo tipo. En buenas cuentas, la táctica y estrategia militar ultraizquierdista servía para conformar un "enemigo interno" bilateralmente conceptualizado.

Gracias al juego de los factores indicados, se podían levantar razones de apariencia puramente militar para prevenir la revolución en América Latina. En primer lugar, porque se sublimaba la defensa del sistema establecido en una serie de racionalizaciones castrenses. En segundo lugar, porque, a partir de la transformación de las Fuerzas Armadas y del incremento cuantitativo y cualitativo del potencial represivo, se estaba en condiciones de internalizar una tesis implícita en el planeamiento previo: la de una unidad esencial entre los partidos

comunistas y los distintos grupos del revolucionarismo pequeñoburgués. Al respecto, había que considerar que la contrainsurgencia era la réplica a la "subversión comunista". Por lo mismo y por sobre el carácter anticomunista y anárquico de la ultraizquierda, había que vincularla teleológicamente con los partidos comunistas. Según el silogismo inculcado, si ambos —ultraizquierda y comunismo— querían la revolución, ambos debían ser combatidos con los mismos métodos.

El límite de seguridad, inherente al carácter preventivo de la contrainsurgencia, estaba dado precisamente por el carácter social y político de la ultraizquierda. Los Estados Unidos no corrían el riesgo de una segunda Cuba, a partir de sus actividades, pues, al adelantarse a su formación, podían prever —y hasta manipular— sus actuaciones y su desarrollo. En este sentido, sus estrategos partían de la base de que la validez de la guerra antisubversiva se mantendría durante una década (9), lo cual significaba que sus factores básicos no experimentarían un deterioro cualitativo durante dicho lapso. Con respecto al revolucionarismo pequeñoburgués esto significaba que se preveía su inmovilismo táctico y estratégico, en lo militar y en lo político, durante la década de los 60. En otras palabras, se partía de la base de que la ultraizquierda no rectificaría sus posiciones anticomunistas ni superaría su subjetividad militar, para efectuar un análisis concreto de las correlaciones de fuerzas en los países respectivos. Es conveniente, entonces, analizar estas dos bases de la tranquilidad decenal de los estrategas norteamericanos.

4. BASES TEORICAS DEL ANTI-COMUNISMO DE IZQUIERDA

El anticomunismo de esta ultraizquierda latinoamericana era, en sus comienzos, casi puramente emocional. Caracterizado más por su rechazo a los partidos comunistas que por una afirmación de personalidad propia. En este sentido, te-

nía vigencia general lo que afirmaba el peruano Héctor Béjar, fundador del Ejército de Liberación Nacional de su país, en cuanto a la ignorancia real sobre "la historia del Partido Comunista y las circunstancias nacionales e internacionales en que tuvo que operar" (10). Por ello, era previsible que, en el transcurso de la década, esa actitud difusa y esas concepciones confusas, respecto al comunismo, irían organizándose y sistematizándose, con aportes usualmente proporcionados por el trotskismo y el maoísmo. Todo lo cual conduciría, no a una teoría revolucionaria, sino a una racionalización operacional. Por lo demás, quienes definirían esa fisonomía propia no venían de las filas de la ultrazquierda latinoamericana, sino del exterior. Serían "especialistas en América Latina" procedentes de los Estados Unidos y de Europa. Cientistas políticos, sociólogos, economistas, literatos o periodistas que, al margen de diferencias secundarias, coincidían en la proposición de cuatro tesis fundamentales sobre la lucha política en América Latina, que se enfrentaban directamente con las tesis de los partidos comunistas de los distintos países de la región:

a) **Carácter continental de las formas y métodos de lucha.** Magnificando las características comunes del desarrollo político, social y económico de los pueblos de los distintos países, y minimizando las especificaciones locales, se daba por existente el nivel de unidad y de preparación necesarias para combatir simultánea y frontalmente por el poder total. De acuerdo con esto, "el pueblo latinoamericano" estaba **subjetiva y objetivamente** capacitado para desarrollar acciones armadas, a nivel continental, contra el conjunto de sus enemigos. En tal contexto, la lucha armada continental tenía el carácter de una verdadera estrategia y era planteada como tal.

b) **Carácter inmediatamente socialista de la revolución.** Por las mismas razones, se daban por existentes las condiciones para iniciar la construcción del

socialismo, en escala continental, sin fases de transición previas (11). Con esto se trataba de desvincular la defensa de las instituciones democráticas y de los derechos del pueblo, de la lucha antioligárquica y antiimperialista. Un criterio esquemático sobre una supuesta alternativa entre la revolución democrático-burguesa clásica y la revolución socialista (y un desconocimiento de las características propias que aquella **tuvo** en América Latina), servía de excusa para relegar dicha defensa al ámbito de las etapas "superadas".

c) **Hegemonía de la pequeñoburguesía revolucionaria.** Partiendo de la base de que la lucha de masas estaba estancada y que ello acusaba un "vacío de dirección", se continuaba con la descalificación del proletariado como clase revolucionaria. En esta perspectiva, muchas teorizaciones se afirmaban en la necesidad de "ocupar el puesto vacante de la vanguardia" (12). De este modo, "el puñado de hombres decididos" pasaba a conceptualizarse como una "vanguardia reducida", que tomaba el lugar de los representantes de un proletariado que ya no podía convertirse en el agente histórico de la revolución. Con esto se producía una especie de "delegación de poder en los sectores de punta de la pequeñoburguesía avanzada, que representaba, por la fuerza de las cosas, los intereses de una clase desfalleciente o todavía en gestación" (13).

d) **Restricción de la política de alianzas.** Si la revolución socialista estaba en la orden del día, tenía que aceptarse su corolario lógico: la necesidad de enfrentar, bajo el liderazgo de la pequeñoburguesía revolucionaria, al conjunto de las clases y capas que representaban **cualquier tipo de intereses inmediatos contradictorios con el socialismo.** De esta manera, los propios agentes de la revolución establecían la base de una unidad entre el latifundista, el mediano (y tal vez pequeño) propietario agrícola, los empresarios no monopolistas y vastos

sectores de capas medias. El significado de este desconocimiento de los niveles diferenciales de otros sectores sociales, implicaba una orientación hacia el aislamiento y una tendencia a esquematizar la lucha de clases como un combate en dos instancias: primero, contra la burguesía local en globo; después, contra el imperialismo. Esquematismo que se presentaba bajo el supuesto de que "la movilización nacionalista (sic) a través de una alianza política del mayor número de fuerzas antiimperialistas no desafia adecuadamente al enemigo de clase inmediato, y por lo general ni siquiera concluye en la confrontación real y necesaria con el enemigo imperialista" (14).

Sobre la base de estas cuatro tesis resultaba casi innecesario fundamentar un anticomunismo orgánico y expreso. Pero, a mayor abundamiento, ello se hacía mediante la acusación de que "el vacío de dirección" —y la consiguiente necesidad de sustituir a la clase obrera como vanguardia— era imputable a los partidos comunistas de América Latina. De ahí se derivaba a la afirmación de que éstos, "programáticamente (...) han sido apenas tan avanzados como los desarrollistas burgueses" (15) y de que eran ya innecesarios. Fundamentando esta última afirmación algunos autores levantaban a Marx contra Lenin, en virtud de ejercicios de exégesis ya conocidos en la historia de las polémicas intermarxistas—leninistas (16).

5. MILITARIZACIÓN DE LA ULTRAIZQUIERDA

El subjetivismo militar de la ultraizquierda, limitaba drásticamente el desarrollo de su potencial armado y, al mismo tiempo anulaba su capacidad de réplica al potencial de las fuerzas represivas oficiales. Este subjetivismo tenía su razón específica en el carácter estático de sus planteamientos tácticos y estratégicos, que se traducían en la no visualización de los movimientos del adversario. Consecuentemente, la ultraizquierda no estaba en condiciones de prever ni

la estrategia regional norteamericana ni la transformación correlativa de las fuerzas militares latinoamericanas. Ella seguía pensando en términos de prerrevolución cubana, y, más allá aún, no conseguía establecer rasgos diferenciales entre el ejército de Batista y el resto de los ejércitos de la región. Así, partía de las premisas de que todos los ejércitos de América Latina seguían siendo adiestrados e instruidos para la guerra convencional, en los marcos de la guerra fría; de que carecían de capacidad para enfrentar las maniobras guerrilleras rurales y urbanas, y de que no tenían la cohesión necesaria que aseguraran su moral de combate (17).

El supuesto inmovilismo del enemigo y las posibilidades de desarrollo distorsionado que ello implicaba, se iban a traducir en el proyecto de estructuración de una "contra-élite", destinada a enfrentar a la "élite" militar tradicional. Los sectores pequeñoburgueses revolucionarios comandando masas campesinas, aparecerían en la teoría —al margen de las verbalizaciones en contrario— como una reproducción inversa de los cuerpos de oficiales de sectores medios comandando tropas de origen campesino. El fenómeno, que provenía de la racionalización de una carencia (dirección efectiva de masas), tendría, como efecto principal, el de la militarización de la ultraizquierda. Esto es, el de una adopción de formas militares que, por su peso específico en un medio de liviandad teórica, iba a plasmarse en la asimilación de valores o concepciones castrenses convencionales, como se verá a continuación:

a) Las distintas tesis militares en boga, en los sectores de ultraizquierda, coincidían en la necesidad de vincular el desarrollo de las fuerzas revolucionarias con el desarrollo de una fuerza militar aislada de los grandes centros poblacionales. El "foquismo", por ejemplo, partía de la premisa de que una fuerza militar de este tipo no sólo provocaría efectos catalizadores, sino que era, en sí misma, el partido revolucionario "de nuevo tipo"

(leninista) en gestación. Planteamientos como este coincidían, a la inversa, con la valorización conservadora de la segregación militar, estimada como factor indispensable para la mantención del sistema socio—político vigente (18).

b) El activismo de la ultraizquierda conducía a valorar acriticamente el formato organizativo de los ejércitos tradicionales, vertebrado en torno a su estructura jerárquico—piramidal, al énfasis en la disciplina absoluta y a la férrea unidad de mando. En este aspecto tendía a olvidar o a desconocer que dicho formato era estrictamente operacional (en términos bélicos convencionales) y contradictorio con la estructura de una organización política (aún de las poseedoras de un "aparato armado"). De ahí que, por regla general, las organizaciones ultraizquierdistas experimentaban con el adiestramiento autoritario, de raigambre prusiana, que, al decir de Lenin, tendía a extirpar en los soldados "todo pensamiento vivo, todo sentimiento humano e inculcarles el sentimiento de obediencia ciega, de odio absurdo y feroz a los enemigos 'exteriores' e 'interiores'" (19). Esta verdadera "desviación dentro de desviación" (según el padrón leninista) se traducía en el "mandonismo". En una imitación del mando vertical castrense que desplazaba el por lo menos teórico centralismo democrático de los partidos comunistas. Secundariamente, se reflejaba en el cultivo de "estilos" militares que, del mismo modo, revelaban más un sentido de imitación que una asimilación de caracteres operacionales (20).

c) Inmersa en este contexto militarizado, la ultraizquierda engendraba toda una mitología ad hoc, fundada principalmente en el "culto a la acción". En virtud de este factor, llegaba a valorar hasta la propia dispersión de fuerzas entre los distintos grupos de cada país (21). Se razonaba, al efecto, que la unidad en sus distintos niveles sólo podía ser consecuencia de la acción. Según un anónimo militante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Argentina, "lo que todos

sabíamos era que estábamos por la lucha armada, que apuntábamos bien y que lo demás se daría como consecuencia del mismo desarrollo de la lucha" (22). Carlos Marighela llegaría a afirmar que "la razón de ser del guerrillero urbano, la condición fundamental de su actuación y supervivencia es el tiro" (23). Por esta vía se llegaba a niveles axiológicos equivalentes a los de la sociedad militar convencional, con su concepto del "buen soldado" y con su liturgia emulativa para cada rama y para cada arma ("infantería reina de las batallas", artillería que "hace el destino de los pueblos y de los ejércitos", etc.), que cumplía —y cumple— una función bélica operacional.

d) Paralelamente con el desarrollo de los factores señalados y como fruto distorsionado de la lucha ideológica, la ultraizquierda tendía a perfeccionar concepciones militar—nacionalistas. En ellas se detectaba el característico moralismo castrense, acompañado del rechazo indiscriminado y correlativo de todos los partidos políticos. El monopolio de "lo revolucionario", simétrico con el monopolio de "lo patriótico", fluía así para condenar "las vías de la transacción", las "viles maniobras" y los "procedimientos políticos repugnantes" (24). Esto llevaba a la tentación de "elaborar a fondo nuestra concepción nacionalista", en el Movimiento Tupamaros (25) y, en definitiva, a formalizar un distanciamiento con la teoría revolucionaria marxista (26).

e) Finalmente, estas condiciones de desarrollo hacían que la ultraizquierda tendiera a proyectar sus actividades en términos geopolíticos. Su geoestrategia se fundaba en la concepción de una dicotomía urbano—rural y en una continentalidad centrada en puntos focales, demostrativa por sí misma. Las razones militares en términos geográficos, topográficos, hidrográficos u orográficos, supeditaban, consecuentemente, a las razones políticas deducidas de un análisis de las condiciones reales de cada país y/o facilitadas por un arraigo efectivo en sectores significativos de la población.

De acuerdo con todo lo señalado, los grupos revolucionarios tendían a identificar la estrategia bélica con la estrategia política, al igual que en las concepciones totalizantes de la doctrina de la Seguridad Nacional, formulada por la Escuela Superior de Guerra de Brasil. Y, así como ésta se resuelve en la militarización de la sociedad, las concepciones ultristas se resolvían en la militarización del grupo. El resultado inmediato, era la visualización de la revolución social como un enfrentamiento simple de dos organizaciones de fuerza, que dejaba como espectadora a la mayoría de la población (27).

Estaba claro, por lo demás, que un enfrentamiento concebido así, al margen de la decisión y participación de los sectores sociales mayoritarios de un país, no podía presentar ningún tipo de riesgo para el aparato militar profesional.

6. LA MANIPULACION CON LA ULTRAIZQUIERDA

La coherencia de la estrategia norteamericana hacia la ultraizquierda, exigía que el carácter preventivo de la contrainsurgencia tuviera una amplitud mayor que la que se desprende de su carga semántica. En efecto, la actuación sobre factores supuestamente aceleradores de una situación revolucionaria podía derivar, sin transición, en aborto de la misma, como ya se ha sugerido en el párrafo primero. Esto significaba que no sólo se apoyaba a la "izquierda anticomunista", como reconocen los analistas norteamericanos (28), sino que también se utilizaban elementos de inducción que incrementaban el "internal war potential" para provocar un estallido prematuro (y, por lo mismo, controlable). Para estos efectos, la estrategia se apoyaba no en una ultraizquierda abstracta y genérica, sino en una ultraizquierda concreta y específica, gracias a una diferenciación de los diversos grupos en cada país. De esta manera, si alguna agrupación rechazaba, por ejemplo, los métodos terroristas, los ana-

listas norteamericanos trataban de detectar alguna que los aceptara o promoviera. Si, en último término, la agrupación deseada no existía, había métodos para crearla.

La base de estos preciosismos aparentes radicaba en la observación de la vigencia del viejo concepto anarquista del "todo o nada", en las filas de la ultraizquierda latinoamericana. Concepto en cuya virtud rechazaba toda posibilidad de actuación legal dentro del sistema y consideraba como un desastre cualquier solución que aliviara los problemas de las mayorías, al margen de la revolución socialista.

La inducción, por su parte, suponía un nivel de tolerancia que se manifestaba durante la etapa de "localización" de las acciones de sectores "insurgentes", de acuerdo con las premisas técnicas de la contrainsurgencia (para detectar una red subversiva hay que concederle cierto espacio de maniobra). Esta tolerancia, a su vez, estaba en la base del incremento de los niveles autonómicos de las fuerzas encargadas de la represión, ya que sus mandos comprendían que estaban manipulando la base de sustentación de los gobiernos amenazados por la "subversión comunista".

No es aventurado afirmar, entonces, que esta interdependencia estratégica entre la ultraizquierda y la potencia hegemónica se unificaba como factor para explicar, **parcialmente**, la oledada militarista de la década posterior a la que se examina. Es interesante anotar que un destacado especialista norteamericano planteaba, en 1966, **que era una ironía observar como las unidades de contrainsurgencia habían precedido** en el tiempo a las acciones reales de insurgencia. Para él, se trataba de "aspectos proféticos de autorrealización de la política exterior norteamericana" que, al abrir una brecha para "el despojo de regímenes legítimos", demostraban un contenido auto-destructivo (29).

Uno de los escritores de mayor influencia en la ultraizquierda de América Lati-

na, ha observado este fenómeno desde una perspectiva similar. Sin cuestionar las tesis señaladas en el párrafo 4 y aludiendo sólo al caso guerrillero, ha señalado que:

“Todo ocurrió como si las condiciones que hacían posible la guerra revolucionaria, en la partida, hubiesen sido también las condiciones que hacían posible su aniquilación a medio camino por las técnicas de **counterinsurgency**; como si el mínimo necesario para el desencadenamiento de hostilidades revolucionarias fuera el óptimo para el éxito de las operaciones de contrainsurrección” (30).

De lo cual sacaba una importante conclusión:

“...son los avances legales del movimiento popular los que, al fin del decenio, lo han sorprendido y desazonado (al imperialismo), al tomar sus dispositivos en defensa por el revés, como en Chile, en 1970” (31).

7. LA ULTRAIZQUIERDA COMO CATALIZADOR FASCISTA

Una ojeada rápida de la situación político-militar en el cono sur, a mediados de la década del 70, demuestra que siempre hubo algún tipo de actividad ultraizquierdista esgrimida por los militares como elemento de convicción (interna y externa) para justificar intervenciones de tipo pretoriano. Además, en el curso de la misma intervención, sirvieron a los sectores castrenses más reaccionarios para impulsar, desde posiciones de poder, la implantación gradual o inmediata de regímenes de tipo fascista.

Con respecto a Bolivia, por ejemplo, existe consenso entre los especialistas para estimar que la ultraizquierda jugó un papel importante en la derechización y agresividad contrarrevolucionaria del Ejército. Rama que, vale la pena recordarlo, cuenta con elementos de un “socialismo militar” entre sus tradiciones (32). El mayor desarrollo relativo (o la mayor notoriedad) de los sectores revolucionaristas durante el gobierno del general To-

rres, estuvo entre los pretextos del golpe que llevó al gobierno al general Bánzer, con la simpatía del régimen militar del Brasil.

En Uruguay, la actividad tupamara condujo a Pacheco Areco a una delegación parcial de poder, la comisionar, en 1971, a las Fuerzas Conjuntas para combatir la “subversión guerrillera”. La autonomía reforzada de las Fuerzas Armadas (a cargo de las dirección, ahora, de las fuerzas policiales) y la derrota de los sectores militares progresistas, se tradujo en un fascismo implantado gradualmente, que alcanzó su nivel más alto bajo la presidencia del civil Bordaberry. En el intertanto, los regímenes militares de Argentina y Brasil coordinaban sus organismos de seguridad con el pretexto de las guerrillas propias y de las uruguayas, después de haber discutido sus altos mandos, en 1969, la necesidad de una invasión al Uruguay (33).

En Argentina, la actividad ultraizquierdista sirvió de pretexto a los militares para reivindicar su función tutelar en el ámbito de la acción antisubversiva, ante la inminente entrega del gobierno al peronismo (34). Esto, que significaba la cesión de un poder político controlado, sirvió para mantener en funcionamiento el aparato militarista entre elementos civiles y elementos militares, hasta la **avocación del poder que estimaban parcialmente delegado**. La **reconquista** del gobierno, bajo la presidencia del general Videla, está significando, actualmente, una pugna entre diversos sectores militares, entre los cuales el fascista (que los argentinos prefieren denominar “pinochetista”). Dentro de esta pugna, las actividades ultraizquierdistas siguen jugando un papel catalizador, que se traduce en la desestabilización del sector militar conservador **no fascista**, hegemónico en el gobierno; en la impotencia del sector progresista, y en el fortalecimiento del sector minoritario “pinochetista” (35).

En cuanto a la experiencia chilena, decisiva para la definición del cuadro regional, confirma las tesis expresadas. Ello,

a pesar de que el cuadro nacional, a fines de la década del 60, era cualitativamente diferente dentro de América Latina.

En efecto, en Chile el desarrollo dialéctico de las relaciones entre las fuerzas ultraizquierdistas, cuyo crecimiento comenzara con el gobierno reformista de Eduardo Frei, y de las Fuerzas Armadas, que habían internacionalizado su doctrina militar fundada en el "profesionalismo apolítico", se daba en el marco de un gobierno popular, democrático, antimonopolista y antiimperialista. De acuerdo con la lógica de la estrategia norteamericana, se había producido un fenómeno tan espectacular como **desapercibido**: las fuerzas revolucionarias chilenas habían derrotado a las fuerzas contrarrevolucionarias en el frente de la "guerra interna". Esta especie de "Playa Girón invisible" significaba que el "enemigo interno" había llegado al gobierno y que la contrainsurgencia, en lo sucesivo, debía tantear caminos a través de tácticas y estrategias inéditas. De partida, el solo concepto de "guerra antisubversiva" quedaba obsoleto, siendo como era, por definición, el estado que "como consecuencia de una revolución o alzamiento **contra un gobierno** constituido sitúa al país al borde de la guerra civil" (36).

Lo novedoso, entonces, dentro de la estrategia político-militar de los Estados Unidos, consistía en que la planificación del derrocamiento de Salvador Allende se iba a ejecutar a través de una guerra antisubversiva de nuevo tipo, sin modelo previo, caracterizado por su clandestinidad y por el empleo de métodos similares a los que la teoría de la guerra interna adjudicaba a la propia subversión. En el fondo, se trataba de un homenaje a la realidad misma, ya que las condiciones de existencia del gobierno chileno cambiaban el lugar de las piezas dentro del teatro de operaciones, de tal manera que el sistema diseñado para reprimir la subversión, en la teoría, se convertiría en la base de la subversión, en la situación concreta.

A la inversa, lo permanente era que se seguía considerando como factor de la estrategia al revolucionarismo **pequeño-burgués**, representado por las fuerzas que trataban de detectar el Plan Camelot, en 1965 y en las cuales confiaba la ITT para que generara "la suficiente violencia para obligar a los militares a moverse" (37).

En este marco, se sabía que el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) era el grupo hegemónico entre las distintas organizaciones ultraizquierdistas y que, políticamente, su desarrollo estaba en relación directa con las posibilidades de profundizar las contradicciones internas de la Unidad Popular (38). Paralelamente, se sabía que la ultraizquierda, en general y el MIR, en especial, podían proporcionar una plataforma objetiva para desencadenar una guerra psicológica orientada hacia los sectores medios, en general y las Fuerzas Armadas, en especial. Con lo cual se partía de la tesis de que la agudización de la crisis social iba a debilitar la autonomía relativa del estrato militar, en los cuerpos de oficiales, favoreciendo, así, su identificación con los intereses que las capas medias visualizarían como propios. En el plano analítico, todo esto se podía sintetizar afirmando que la estrategia de "la guerra revolucionaria, prolongada e irregular", planteada por el MIR en el sexenio demócratacristiano y mantenida después del triunfo de la Unidad Popular, era funcional a la estrategia "desestabilizatoria" destinada a derrocar al gobierno allendista, mediante una guerra civil o un golpe de Estado.

Por lo demás, en la medida en que la estrategia del MIR no calzara exactamente con las previsiones de los analistas norteamericanos, quedaba el camino de actuar a través de agrupaciones más permeables, como se planteaba en el párrafo 6. Incidentalmente, los hechos demuestran que el rechazo verbal de los métodos terroristas, por parte del MIR, coincidió con el asesinato del político demócratacristiano Edmundo Pérez Zujo-

vic, por parte de la VOP (Vanguardia Organizada del Pueblo). Esta "ejecución"—como la llamó la VOP—marcó una etapa decisiva en la conspiración contra el gobierno de Salvador Allende (39).

De este modo, dentro de su especificidad, la dialéctica ultraizquierda—militares funcionó en Chile tal como se ha señalado en los párrafos anteriores. Mientras la ultraizquierda postulaba el tránsito hacia la guerra revolucionaria, lo cual implicaba equilibrar su estrecha base social con una gran eficiencia militar y dividir horizontalmente a las fuerzas represivas, la realidad le oponía dos hechos irreductibles: primero, la efectiva verticalidad del mando, acatado por suboficialidad y tropa (y, obviamente, por toda la oficialidad en una primera etapa), y segundo, una cohesión y moral institucional en las Fuerzas Armadas suficiente para rechazar la política del ultraizquierdismo.

Más allá, en un ámbito incontrolable para los militantes ultraizquierdistas, sus declaraciones y actividades creaban o favorecerían las condiciones para que se debilitara el ascendiente de los mandos "constitucionalistas", mientras crecía el de los mandos golpistas. Y esto, sin que se establecieran innovaciones de forma al modelo general aplicable para la contrainsurgencia. En el hecho, bastó que los servicios de inteligencia y contrainteligencia de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas siguieran montadas (en posición "frente al enemigo") contra las organizaciones de ultraizquierda, en una línea de continuidad entre el gobierno de Frei y el de Salvador Allende. Con esto no sólo se descuidaba (y tácticamente se favorecía) al sector del cual provenía la sedición real, sino que se tejía una red destinada a acumular elementos de juicio aptos para el éxito de la misma. Ello, sobre la base de la identificación teológica entre el comunismo y el ultraizquierdismo, que en Chile adquiriría una forma nueva: complicidad entre el MIR y el gobierno, en el cual participaba el Partido Comunista (40).

Puede decirse, en síntesis, que la ultraizquierda chilena jugó un papel destacado en la emergencia de una minoría militar golpista de ultraderecha y en el diseño de una guerra antisubversiva de nuevo tipo. Guerra que, a su vez, debe considerarse como el núcleo alrededor del cual se montó el complejo mecanismo de la "desestabilización" del gobierno de Allende. Por ello es que, desde su inmejorable posición de científico social y de Ministro de Relaciones Exteriores durante el período de la Unidad Popular, el profesor Clodomiro Almeyda pudo decir, posteriormente, que "sólo el desarrollo del ultraizquierdismo se presentaba como factor favorable a los intereses de la contrarrevolución" y que sus efectos "desempeñaron un importante papel en la configuración de la correlación de fuerzas que condujo a la instauración del fascismo en Chile" (41).

Como nota marginal, conviene advertir que una apreciación monográfica del caso chileno debería incluir este rol de la ultraizquierda en un contexto político global. Ello, para evitar una hipertrofia de la relevancia de las organizaciones ultraizquierdistas, que excediera sus posibilidades cuantitativas y una minusvaloración de la responsabilidad de los partidos políticos de la Unidad Popular. En otras palabras, el análisis de la ultraizquierda como factor en la estrategia político—militar norteamericana, no debe conducir a su diabolización ni a una santificación de la Unidad Popular.

8. LA ULTRAIZQUIERDA COMO CATALIZADOR REVOLUCIONARIO

Una visión completa de la dialéctica militares—ultraizquierda, no podría prescindir del reconocimiento de la situación provocada por la "ultraizquierdización" de algunos oficiales.

De partida, hay que decir que el fenómeno es marginal, dentro de las Fuerzas Armadas y que ha sido menospreciado en los cálculos de los analistas norteamericanos (42). Lo importante, en todo caso, es discernir con claridad los facto-

res que impulsan este desplazamiento. Al respecto, pueden mencionarse algunas hipótesis, con vistas a un análisis posterior más pormenorizado:

a) **El desbloqueo social y político inherente a las actividades contrainsurreccionales.** La salida de los militares de sus reductos puede derivar en un cuestionamiento de su función represiva, gracias a su contacto con el medio civil. Emocionalmente, ello puede concluir en una adhesión a la causa revolucionaria, la cual tienden a identificar con la causa del revolucionarismo pequeñoburgués, debido a incultura política y a los efectos de una formación anticomunista.

b) **La atracción de los contrarios no antagonísticos.** Lo anterior, desde otra perspectiva, puede traducirse en el descubrimiento de semejanzas con la ultraizquierda, derivadas, fundamentalmente, de la militarización de ésta. En definitiva, puede llegarse a descubrir que el antagonismo no es tal, sobre todo teniendo en consideración la homogeneidad social entre la oficialidad y la dirigencia de los grupos de ultraizquierda.

c) **El contagio con la mitología ultraizquierdista.** El desbloqueo y la atracción de los contrarios pueden coincidir con una aceptación de la mitología de la ultraizquierda, favorecida, fundamentalmente, por la multiplicación que de ella se hace a través del aparato ideológico de los sectores dominantes nacionales y transnacionales. Sería un caso de contraideologización ejercida a través del aparato ideologizador, que se explica por la unificación en la exaltación de valores comunes, como "el heroísmo", "la gloria", etc.

d) **La posibilidad de dar conducción militar a un proceso revolucionario.** Teniendo en cuenta la debilidad militar de la ultraizquierda y la existencia real de una oficialidad progresista en las Fuerzas Armadas, puede darse el caso de una tentativa de integración de ésta a las filas de aquéllas. Si, al mismo tiempo, se visualiza una situación revolucionaria,

ello vendría a compensar el probable bloqueo que se presenta a dicha oficialidad para acceder a las cúpulas o a los comandos superiores, precisamente por su carácter de "izquierdista".

Todas estas hipótesis sugieren, de algún modo, el predominio de los factores militares, ya que son las formas y los valores castrenses los que sirven como base para el acercamiento. Esto vendría a señalar un ángulo nuevo para una vieja observación revolucionaria según la cual "las costumbres inveteradas adquiridas por los soldados bajo la educación militar que les imponen los enemigos de la clase obrera no cambian en el preciso momento en que estos soldados se pasan al campo de los trabajadores" (43). Superficialmente, da la impresión de que la mezcla del revolucionarismo pequeñoburgués con la mentalidad militar refuerza los moldes conductuales de carácter autoritario, absolutiza las formas conspirativas de la acción política y consolida los esquemas dicotómicos de pensamiento. En países de mayor atraso relativo que los latinoamericanos, donde las Fuerzas Armadas no son la **última ratio** sino la **primera ratio** de un sistema (44), la cristalización de esta mezcla mediante la toma del poder ha dado lugar a situaciones confusas y ambivalentes. Así, pareciera que en algún momento las medidas económico-sociales de carácter revolucionario, adoptadas en Birmania, Irak y Etiopía, han coincidido con una fuerte represión popular. De todos modos, es interesante verificar, en estos casos, un ejercicio "izquierdista" de la autonomía relativa de las Fuerzas Armadas. Por lo demás, el hecho de que militares profesionales desconozcan el carácter supuestamente intangible de la propiedad privada de los medios de producción, es un dato importante dentro de los países más desarrollados. Por lo menos, como dice un autor español, "representa (...) una advertencia clara para los usufructuarios del poder y del orden prerrevolucionario en el sentido de no confiar unilateralmente la defensa de éstos a una

sola fuerza social, por más sólida y leal que parezca" (45).

Nada tiene que ver con lo anterior el problema de la influencia catalizadora que tuvieron algunas acciones guerrilleras, lideradas por sectores de ultraizquierda, en la mentalidad militar. Catálisis manifestada en una comprensión más profunda del carácter capitalista dependiente de los países latinoamericanos y en el descubrimiento de la "agresión económica" de la potencia hegemónica apoyada por sus aliados internos. Casos como el peruano, que no se expresaron a través de la desertión de algunos militares, sino que en postulados y acciones institucionales, traducidos en medidas reformistas y revolucionarias, deben ser analizados desde otra perspectiva (46). Simultáneamente, deberían estudiarse las razones de la falta de "impacto" de otras organizaciones políticas. Especialmente de aquellas que, por trayectoria histórica y por experiencia internacional, tendrían que haber conseguido **antes** ese resultado político al interior de la sociedad militar.

9. PERIODIZACION DE LA CONTRAINSURGENCIA

Pasada la mitad de la década del 70, es posible distinguir ciertas etapas básicas en la estrategia político-militar norteamericana, al margen de que correspondan a una planificación inicial o que sean el producto de una dinámica propia.

Así, puede decirse que, desde 1960 a 1968, la contrainsurgencia estuvo vinculada al reformismo de la Alianza para el Progreso. Los militares, junto con reprimir a las fuerzas revolucionarias, despejaban el campo con el fin de que los gobiernos civiles hicieran los cambios que se estimaban necesarios para estabilizar el sistema. En esta línea, podían llegar hasta a imponer directamente esos cambios, desplazando a los gobernantes demasiado tímidos o demasiado comprometidos con el sistema tal cual funcionaba.

Desde 1968 a 1970, la contrainsurgencia vivió una etapa de transición. Su inicio estuvo marcado por el vuelco ultrarepresivo del proceso conducido por los militares brasileños desde 1964, y su término, por la crisis del reformismo desarrollista, materializado por la derrota de la Democracia Cristiana chilena en las elecciones presidenciales de 1970 y por la orientación antiimperialista del proceso peruano, conducido por el general Juan Velasco Alvarado.

Desde 1970, la contrainsurgencia adquirió un carácter marcadamente fascista (conceptualización del fascismo como "mal menor" o como solución de emergencia), visible en la conspiración contra el gobierno de Salvador Allende, en el derrocamiento de Juan José Torres en Bolivia y en la destrucción de la vieja democracia uruguaya. Su término parecería estar señalado por el golpe militar argentino de 1976, y por las nuevas orientaciones de la política exterior norteamericana impulsadas por el presidente Carter, que permiten avizorar un nuevo período.

Marginalmente, conviene tener presente que la connotación fascista de la contrainsurgencia de la tercera etapa, con su impulso a la destrucción del Estado democrático-formal, no estaba ausente de las previsiones del propio Kennedy. En el discurso que éste iba a pronunciar en Dallas, el día de su asesinato, aceptaba que la "libertad puede perderse (...) por los votos como por las balas" (47). El Plan Camelot también contenía elementos atentatorios contra la valoración de la democracia representativa, que eran, a la vez, germinalmente fascizantes (48). Pero, en todo caso, parece más justo —desde el punto de vista teórico— adjudicar el carácter fascista de la contrainsurgencia a su paso por las academias policiales de la España franquista (49).

Ahora, el paso de la contrainsurgencia reformista a la contrainsurgencia fascista es el equivalente —o el resultado— del desplazamiento de la ecuación kennedyana-

na que vinculaba la "pobreza" (nivel de desarrollo) con la "patología" (tensiones revolucionarias), por la ecuación del complejo científico-militar-industrial, que establece una vinculación positiva entre el proceso de desarrollo económico-social y la "propensión patológica" en el sistema político. En virtud de este desplazamiento, tiende a primar la concepción de que en América Latina el desarrollo tiene una carga implícita de subversión, con lo cual se puede llegar a considerar que la exacerbación de la pobreza (por la superexplotación) contribuye a atenuar o liquidar la capacidad de rebelión.

En este nuevo contexto, los estrategos tienen que llegar a la conclusión de que la causa final de la insurgencia es la **organización política** que permite la canalización de la disidencia hacia la revolución (50), con lo cual el anticomunismo se confunde con el antidemocratismo y el comunismo puede llegar a importantes coincidencias con ciertas categorías de nacionalismo (51).

No es casual, en esta tercera etapa, que la contrainsurgencia privilegie aquellos elementos que tienen su fuente directa en la guerra colonial —como las torturas— y que tienden a hacer de la guerra interna una "guerra total" (52). Es en esta etapa cuando los ejércitos se convierten, de hecho, en fuerzas de ocupación de sus propios países, derivando la autonomía relativa en una completa alienación social. El concepto de "enemigo interno", hipertrofiado hasta la caricatura, llega a comprender a la abrumadora mayoría nacional.

En cuanto a la función de la ultrazquierda en la estrategia global de los Estados Unidos, esta tercera etapa tiene algunos aspectos novedosos:

En primer lugar, el concepto elitario de las "vanguardias reducidas", propio del revolucionarismo pequeñoburgués, es funcional con respecto al concepto ampliado del "enemigo interno": en efecto, un enemigo interno de carácter nacional resulta contradictorio con una vanguardia que organice sus fuerzas a

partir de concepciones sectarias o restrictivas. La contradicción sólo puede resolverse, desde el punto de vista de la ultrazquierda, negando la fuente misma de la contradicción, esto es, el carácter fascista de la contrainsurgencia. Como se comprenderá, negar el carácter fascista de un fascismo real sólo puede servir los intereses de éste, en la medida que no contribuye a denunciarlo y en la medida que contribuye a entorpecer la política de alianzas destinada a combatirlo.

En segundo lugar, la ultrazquierda se convierte, ahora, en uno de los pretextos para mantener los niveles de militarización alcanzados en la sociedad global y para incrementar el nivel de la profesionalización mutilada, alcanzado por la sociedad militar. De agente para la transformación pasa a ser agente para la mantención (53).

En tercer lugar, la política y declaraciones de la ultrazquierda pasan a convertirse en la coartada de las acciones terroristas del aparato instalado (54).

Todo lo cual permite afirmar que, en la tercera etapa, a la potencia hegemónica le conviene mantener "congelada" a la ultrazquierda latinoamericana o que, desde otro ángulo, no le conviene contribuir a su extinción. El revolucionarismo pequeñoburgués, ha llegado a convertirse en un factor permanente de la estrategia político-militar del imperialismo.

10. CONCLUSIONES

De acuerdo con lo expuesto en los puntos precedentes, puede concluirse que la relación positiva entre la contrarrevolución y el revolucionarismo pequeñoburgués presenta particularidades notorias en el ámbito de la política militar y de la política civil hacia las Fuerzas Armadas. Así, al margen de las intenciones de las masas atraídas al campo de la revolución, en la década del 60, su obediencia a organizaciones ultristas (cuando se da) se convierte en un factor de la estrategia político-militar norteamericana. En una primera etapa, este

factor, operante dentro de un juego complejo de elementos, sirve para justificar o internalizar la necesidad de una transformación cualitativa del estrato militar, y, por añadidura, para desplazarlo hacia el centro de las decisiones políticas de cada país. Conseguido este efecto, la política ultraizquierdista tiende a convertirse en uno de los pretextos profesionales para incrementar los niveles de conservantismo dentro de las Fuerzas Armadas, en desmedro de sus tendencias progresistas. En etapas posteriores, actuando dentro de un proceso militar dotado de un alto grado de dinamicidad propio, la ultraizquierda puede convertirse en uno de los pretextos para la transformación del conservantismo en fascistización y de la mentalidad militar en ideología fascista. En estas etapas, el nacionalismo militar tiende a ceder su lugar a un chauvinismo oratorio que disfraza la desnacionalización real y la ocupación del país propio por parte de las fuerzas militares, que actúan con los métodos de la guerra colonial. Esto mismo, mirado desde la óptica de la potencia hegemónica, se traduce en el cambio de la doctrina militar de la contra-insurgencia primitiva, vinculada al reformismo kennedyano, por una contra-insurgencia de tipo fascista, vinculada a la eliminación de las estructuras jurídico-políticas de carácter democrático. Este nuevo tipo de contra-insurgencia, de connotación franquista, persigue eliminar las condiciones políticas que facilitan la organización de la disidencia e impedir la reestructuración socio-económica de

la sociedad en favor de los sectores más necesitados. Desde este punto de vista, **nada impide, teóricamente, que este tipo de contra-insurgencia se dirija en contra de organizaciones reformistas, civiles o militares.**

Dentro de la relación dialéctica ultraizquierda-milicia, existe la posibilidad —secundaria en América Latina— de la "ultraizquierdización" de los militares. La experiencia que se desprende de algunos países, especialmente asiáticos, indica que la mezcla del revolucionarismo pequeñoburgués con el autoritarismo inherente a la mentalidad militar, cristaliza en regímenes profundamente contradictorios, en los cuales ciertas reformas económicas de tipo revolucionario coinciden con una drástica represión popular. Estas circunstancias, unidas al fenómeno de los grupos de oficiales guerrilleros de América Latina, plantean un cuestionamiento de las tácticas orientadas a favorecer la desertión de los militares progresistas para incorporarlos a organizaciones políticas revolucionarias. Ellas son equivalentes a las que favorecen la militarización global de las actividades políticas.

El conjunto de observaciones sintetizadas indica que la ultraizquierda no ha sido sólo un factor transitorio en la estrategia político-militar norteamericana hacia América Latina. En los hechos, ha sido un factor permanente, que juega en la tercera etapa de la contra-insurgencia un papel regulador de las fuerzas militaristas de la sociedad.

NOTAS

(1) El Ejército peruano, en lo que podría llamarse su etapa prerrevolucionaria, editó un folleto sobre su combate contra las guerrillas, en cuyo prólogo advertía que, pese a su derrota, "la subversión comunista no ha cesado". Agregaba que continuaba su labor de infiltración y que "volverán a la lucha armada en cualquier momento y lugar". Más adelante, señalaba

que "el virus" de la subversión estaba latente y que "ha penetrado subrepticamente en las universidades y en los colegios, en los sindicatos y en las oficinas, en los clubes y en los hogares" (V. "Las guerrillas en el Perú y su represión", ed. por el Ministerio de Guerra del Perú, 1966).

En el mismo sentido se pronunciaba, en España, el general Federico Quintero, jefe de la policía de Franco, al afirmar el carácter parcial de las victorias contra la subversión (V. "Hacia una evolución en la réplica a la subversión". Revista de Política Internacional Nº 89, Madrid, enero-febrero de 1967).

De la misma fuente emana, obviamente, la aseveración del general Pinochet sobre "el marxismo convertido en agresión permanente", emitida en su mensaje a la nación del 11 de septiembre de 1976 (V. El Mercurio del 12 de septiembre de 1976).

(2) V. revista *Visión* del 5 de junio de 1970.

(3) V. Elisabeth Reimann y Fernando Rivas, "Las Fuerzas Armadas de Chile: un caso de penetración imperialista". Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, págs. 165, 166, 193 y sigs. y 209.

(4) Según S. E. Finer, el giro "pronunciadamente derechista" que han tomado los militares latinoamericanos después del triunfo de la revolución cubana, "es debido mucho más a su temor de encontrar la misma suerte que el Ejército cubano, que a su interés clasista" (V. "El problema argentino. Entre la espada y el Estado", aporte en recop. dirigida por Rafael V. Beltrán. "El papel político y social de las Fuerzas Armadas en América Latina", Monte Avila Editores, Caracas, 1970, pág. 142). Al respecto, conviene acotar que ese temor detectado por Finer es, precisamente, una de las formas en que se manifiestan los intereses de clase en un estrato relativamente autónomo, que genera una mentalidad de *status*. V., sobre la materia, José Rodríguez Elizondo, "Aspectos de la formación ideológica en las Fuerzas Armadas de América Latina", texto mecanografiado.

(5) V. texto del Plan Camelot en libro de Gregorio Selser "Espionaje en América Latina: el Pentágono y las Ciencias Sociológicas". Ed. Dixit, Buenos Aires, 1974, Apéndice.

(6) V. Rodríguez Elizondo, "Introducción al fascismo chileno". Ed. Ayoso, México, 1976, pág. 72.

(7) V. Declaración Común de los Partidos Comunistas y Obreros de América Latina y de la Región del Caribe, La Habana, 13 de julio de 1975.

(8) En el folleto citado del Ejército peruano (V. nota 1) se puede leer, por ejemplo, que "no existen zonas inaccesibles en el país para una Fuerza Armada bien entrenada". El párrafo está concebido, claramente, como una réplica a "La guerra de guerrillas", del Che Guevara.

(9) V., entre otras manifestaciones oficiales, las declaraciones de Robert Mac Namara ante la Comisión de las Fuerzas Armadas

de la Cámara de Representantes, *Hearings on Military Posture*, 1962, pág. 3245.

(10) V. "Perú, 1965: apuntes sobre una experiencia guerrillera", parte publicada en la revista chilena *Punto Final* Nº 84, del 29 de julio de 1969, Documentos.

(11) V., en este sentido a Andre Gunder Frank, cuando manifiesta que, para "el pueblo latinoamericano", la opción de una estrategia autónoma y de una política popular verdadera pasa por la lucha armada para establecer el socialismo. La agudización de las contradicciones de lo que llama "lumpendesarrollo", debe resolverse "mediante la única y verdadera estrategia del desarrollo: la revolución armada y la construcción del socialismo". V. "Lumpenburbuesía: lumpendesarrollo". Ed. Periferia, Buenos Aires, 1973, pág. 154.

(12) V. Régis Debray, "La critique des armes". Ed. de Seuil, París, 1974, pág. 173.

(13) Id., pág. 76.

(14) A. Gunder Frank, "Imperialismo, nacionalismo y lucha de clases en América Latina", texto mimeografiado, presentado al seminario sobre "Imperialismo, independencia y transformación social en el mundo contemporáneo", en Nueva Delhi, marzo de 1972. El mismo concepto lo había expresado anteriormente en un art. publicado en la revista *Pensamiento Crítico*.

(15) A. Gunder Frank, "Lumpenburbuesía..." cit., pág. 166.

(16) V., al respecto, Régis Debray, ob. cit., páginas 183 y 184.

(17) El cálculo de los Tupamaros, sobre la materia, era el siguiente: "Nuestras Fuerzas Armadas, de unos doce mil hombres precariamente armados y preparados, constituyen uno de los aparatos represivos más débiles de América Latina". V. Carlos Núñez, "Los tupamaros: vanguardia armada de Uruguay", revista *Tricontinental* Nº 10, enero-febrero 1969.

(18) V. Manuel Fraga Iribarne, "Tendencias políticas de Hispanoamérica después de la Segunda Guerra Mundial", en la Revista de Estudios Políticos Nº 120, Madrid, noviembre de 1961, pág. 227, donde afirma que el "profesionalismo y el aislamiento en bases y cuarteles" han jugado eficazmente en América Latina para impedir una fraternización entre el pueblo y los soldados, como en el "caso ruso en 1917".

(19) V. "La propaganda antimilitarista y las organizaciones de la juventud socialista obrera", en "Contra la guerra imperialista", Ed. Progreso, Moscú, 1967, pág. 10.

(20) En este sentido, es interesante analizar "los partes o comunicados internos de algunas agrupaciones ultraizquierdistas, que

- han sido objeto de publicaciones, especialmente aquellas que dan cuenta de alguna "acción directa". Por lo general, el laconismo que se trata de emplear es forzado y no resiste la presión de los elementos retóricos o coloquiales. V. por ej. los documentos contenidos en el reportaje periodístico al asalto de un tren, intentado en marzo de 1967, en Colombia, por miembros del E.L.N., especialmente la nota del comandante Ricardo Lara (reproducidos en "Las guerrillas en América Latina", de Luis Mercier Vega, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1969).
- (21) V. entrevista a Carlos Marighella reproducida por la revista **Punto Final** en su Nº 94, del 23 de diciembre de 1960.
- (22) V. **Punto Final** Nº 125 del 2 de marzo de 1971.
- (23) V. "Minimanual del guerrillero urbano", de Carlos Marighella, publicado en **Punto Final** Nº 103, del 26 de abril de 1970.
- (24) V. por ej., proclama del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) del Perú, de julio de 1965 (reproducido por Luis Mercier V. en "Las guerrillas en América Latina" cit. págs. 24 y sigs).
- (25) V. documento interno del Comité Central del Movimiento Tupamaros, publicado en **Punto Final** Nº 158, del 23 de mayo de 1972.
- (26) "Para la muchachada que hoy sale a la calle, sus padres históricos son el federalismo, el yrigoyenismo y el peronismo. Nos importan un bledo Marcuse y Marx". Declaraciones de un dirigente estudiantil durante los sucesos de Córdoba, Argentina, en 1969, recogidas por Horacio González Tejo en "Argentina: tiempo de violencia", Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1969.
- (27) En documento cit., el Comité Central del Movimiento Tupamaros reconocía que su acción militar no creaba situaciones nuevas, que se había producido una especie de acostumbramiento ante sus acciones y que un "gran sector de la población" permanecía "balconeando" ante las mismas.
- (28) V. Arthur Schlesinger, "los mil días de Kennedy", Ed. Aymà, Barcelona, pág. 314.
- (29) V. Irving Louis Horowitz, "El militarismo en América Latina", en la Revista de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de México, núms. 45-46, junio-diciembre 1966, pág. 176.
- (30) V. Régis Debray, "La critique..." cit., pág. 92.
- (31) Id.
- (32) V. Alfonso Camacho Peña, "Los militares en la política boliviana", en recop. "Fuerzas Armadas, Poder y Cambio". Ed. Tiempo Nuevo, Caracas, 1971, pág. 319. V. también a René Zavaleta Mercado, "El poder dual en América Latina". Estudio de los casos de Bolivia y Chile, Ed. Siglo XXI, México, 1974, págs. 208 y 209.
- (33) V. al respecto información en la revista **Visión** del 9 de mayo de 1969.
- (34) Durante las negociaciones previas a la elección que llevó a la presidencia a Héctor Cámpora, el general Lanusse, representando una posición institucional, planteaba como condición previa la mantención para las Fuerzas Armadas de la "acción antisubversiva". Es decir, reivindicaba un campo de acción prácticamente autárquico, en la línea de la Fuerza Armada del Perú durante la época de la represión de las guerrillas, y en la de los militares uruguayos bajo la presidencia de Pacheco Areco (V. revista **Visión** del 10 de febrero de 1972).
- (35) La revista **Visión**, que representa con frecuencia la perspectiva de sectores políticos demócratas de USA, reconoce, en su edición del 15 de septiembre de 1976, que las acciones guerrilleras han conseguido, en parte, "irritar, desconcertar y confundir al gobierno". Agrega que, debido a este factor, se ha desencadenado "una terrible represión que desborda los lindes de la actividad subversiva propiamente tal para alcanzar indiscriminadamente a toda la izquierda".
- (36) Definición del "Dictionary of United States Military Terms for Joint Usage", reproducida por Gregorio Selser y Carlos Díaz en "El Pentágono y la política exterior norteamericana". Cuadernos de Crisis Nº 2, Buenos Aires, 1975, pág. 58.
- (37) V. "Documentos secretos de la ITT", Ed. Quimantú, Santiago de Chile, 1972, pág. 24.
- (38) El cientista político chileno Claudio Véliz, escribiendo en la revista norteamericana **Foreign Affairs** de abril de 1971, señalaba que el MIR estaba "en la posición poco envidiable para un movimiento de izquierda de depender del fracaso de la Unidad Popular para sobrevivir".
- (39) V. Rodríguez Elizondo, ob. cit. págs. 133 a 144.
- (40) La rectificación formal indicada se explicaba como consecuencia de la notoriedad del anticomunismo del MIR y de la fuerte lucha ideológica del Partido Comunista contra la ultraizquierda, en general y contra el MIR, en especial. Al respecto, según estudios de un analista norteamericano, en el mes clave de octubre de 1972 el titular más frecuente de **El Mercurio** fue el siguiente: "Ultraizquierda vinculada positivamente con el gobierno". Este diario, como se revelaría posteriormente en el Congreso de los Estados Unidos, recibió durante los tres años del Gobierno la ayuda económica, la asesoría técnica y la

- orientación ideológica de los servicios secretos norteamericanos (V. Fred Landis, "Guerra psicológica en Chile: la CIA hace los titulares de **El Mercurio**", revista **Libetración**, vol. 19, Nº 3, marzo-abril de 1975).
- (41) Clodomiro Almeyda, Documento sobre política internacional del Gobierno de la Unidad Popular presentado a Seminario 1976 en La Haya. s/f, texto mimeografiado.
- (42) El más importante de estos casos es, sin duda, el relacionado con el alzamiento antidictatorial del 13 de noviembre de 1960, en Guatemala. De su núcleo surgió el "Movimiento 13 de noviembre" liderado por oficiales jóvenes que tuvieron una figuración bastante notable en los episodios guerrilleros desencadenados a partir de 1965. También debe mencionarse el sector de suboficiales de la Marina brasileña que se unió a diversos grupos revolucionarios, a la caída de Goulart, y al grupo de oficiales jóvenes del Ejército y de la Marina venezolana, que participó en actividades guerrilleras después de las frustradas sublevaciones de Carúpano y Puerto Cabello (1962).
- (43) V. Marx, "La guerra civil en Francia", Obras escogidas de Marx y Engels en un tomo, Edit. Progreso, Moscú, pág. 291.
- (44) V. Manfred Kossok, "Posibilidades y limitaciones del cambio de la función política y social de las Fuerzas Armadas: el caso de América Latina", en la revista **Desarrollo**, Nº 18, Colombia, mayo, 1972.
- (45) V. H. C. F. Mansilla, "Aspectos regresivos en ideologías revolucionarias", en Revista de Política Internacional Nº 144, marzo-abril de 1976, Madrid.
- (46) Jorge del Prado, Secretario General del Partido Comunista del Perú, en "¿Es o no una revolución lo que hoy ocurre en el Perú?", artículo contenido en recopilación "La batalla por la segunda liberación", Edit. Paz y Socialismo, Praga, 1971, explica por qué existe una dirección militar a cargo de un proceso revolucionario, en su país. Entre ellas menciona la teoría de la contra-insurgencia, que indujo a una politización acelerada, profunda e informada a los militares y la experiencia práctica obtenida por ellos, "de manera lacerante y patética, mediante las operaciones anti-guerrilleras realizadas en 1965".
- (47) V. texto an William Kauffmann "La estrategia de Mac Namara", Ed. Sopena. Buenos Aires. 1967, pág. 280.
- (48) V. Rodríguez Elizondo, ob. cit. págs. 79 a 85.
- (49) La adaptación de la doctrina de la contra-insurgencia por parte del franquismo, parece estar en la base teórica de la tercera etapa. En efecto, el general Federico Quintero Morente, jefe policial de Madrid, partía de la base de que el carácter comunista de la subversión no restringe la represión a los comunistas, sino que la amplía, por la izquierda, a los movimientos nacionalistas (autonomistas) y, por la derecha, a los sectores reformistas (V. artículo cit. en nota 1). La DINA chilena ha reactualizado estas teorizaciones franquistas.
- (50) V. John Saxe-Fernández, "Etiología de la patología revolucionaria y profilaxis contrarrevolucionaria", en la Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, Nº 81. Julio-septiembre de 1975.
- (51) La revista **Visión**, en su edición del 1º de agosto de 1976, aludiendo a la situación francesa, ha llegado a sostener que "apunta el día en que se encontrarán aislados los nacionalistas a ultranza, o sea gaullistas por un lado y comunistas por otro". En otro artículo, de la misma edición, reconoce de una manera sutil que los militares brasileños de hoy han dejado de ser nacionalistas.
- (52) Para la capacitación militar en torturas no basta, al parecer, el adiestramiento normal de un ejército tradicional. Su implantación requiere elementos más o menos fuertes de racismo, que fueron los que, de hecho, precedieron a su puesta en práctica por el ejército expedicionario francés en Argelia y en Indochina. Es decir en guerras de tipo colonial. Es interesante comprobar cómo altos oficiales de un ejército tradicional, llegaron a socializar completamente el valor militar de las torturas como fuente de información en estas guerras. (V., por vía de ejemplo, entrevista al coronel retirado Suant, en **Humanité Dimanche** del 25 de febrero de 1976). Por otra parte, la denominación de "guerra total" —intercambiable con la de guerra colonial o neocolonial— es parte del lenguaje de muchos militares latinoamericanos. **El Mercurio** del 14 de agosto de 1976, llama la atención sobre este hecho, refiriéndose a una entrevista con "altos oficiales" argentinos. Uno de los cuales, por lo demás, expresó a su entrevistador que "Cuando el ejército francés capturó a un guerrillero, sus soldados tuvieron los nombres de toda la célula en media hora... no hablemos de lo ocurrido durante esa media hora, pero lo mismo está ocurriendo en Argentina".
- (53) La verdad es que esto ya se visualizaba al término de la primera etapa. V. Regis Debray, "Les épreuves du feu", cit., pág. 115 y sigs., donde señala que los combatientes de los frentes guerrilleros venezolanos se han transformado en "lumpenre-

volucionarios”, y en pretexto para la man-
tención de niveles de financiamiento y de
entrenamiento de las fuerzas represivas
del país. Las tácticas de la junta militar
chilena, en la tercera etapa, son lo sufi-
cientemente explícitas en la materia, co-
mo para requerir un comentario mayor.

- (54) Quizás uno de los casos más dramáticos
haya sido el de la condena a muerte pu-
blicitada por el MIR chileno, afectando a
cuatro militantes de sus filas que hicieron

sorpresivas declaraciones autocríticas en
la prensa y en la televisión chilenas, que
favorecían a la junta de Gobierno. Dos
de dichos militantes fueron, posteriormen-
te asesinados y uno se encuentra desapa-
recido. El régimen chileno ha negado, ante
organismos internacionales, tener responsa-
bilidad en estos hechos. El MIR, por su
parte, no ha reclamado para sí la res-
ponsabilidad —que nosotros sepamos—, en
virtud de una hipotética “ejecución de
sentencia”.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL